Año I — Buenos Aires, 1° de Mayo de 1917 — Núm. 3

ALBORADA



SUMARIO

Emilio L. Arango. — «El concepto de la verdad»; Gabriel Biagiotti. — «1.o de mayo»; José Torralvo. — «El aniversario; R. Ruíz Cruces. — «Rebelión»; Máximo Massini. — «Pasionismo e irreflexión Leopoldo Arualdo Vivott — «¡Son ellos!»; Santos Cervoni. — «La guerra»; Xáxara. — «El americanismo y la guerra»; López de Molina. — «Crónicas del momento»; Víctor Delfino. — «Teoría vertebral del cráneo»; «La obligación moral»; Alfredo Fernández. — «El sueño libertario»; Leopoldo Ramos Giménez. — «De lo que veo en la vida»; Fernando del Intento. — «Mi esperanza»; — Nuestra aclaración. Notas. — A nuestros lectores.

ALBORADA

Revista de ciencias, sociología, literatura y arte

Directora: Mercedes Gauna - Administrador: B. Pereira

AÑO I — BUENOS AIRES 1º DE MAYO DE 1917 — N.º 3

El concepto de la verdad

Para «Alborada».

Los pueblos, en las lentas trayectorias de las sucesivas evoluciones, marchan hacia la conquista de la vida, y en su avance, lento pero arrollador, destruyen todo lo viejo — tanto en el orden político-social, como en el orden de las creencias y de las ideas —desechando falsos conceptos, mentiras erigidas en verdades, creadas y sustentadas por miles de pasadas generaciones.

Si cuesta trabajo desechar de la mente humana los prejuicios arraigados, es debido a que, los pueblos, creyeron siempre poseer la verdad, y cuando una nueva verdad vino a destruir la vieja verdad por todos admitida, la combatieron, porque fué siempre característica de los hombres esa tendencia hacia la conservación y ese apego y respeto por las cosas viejas.

En todos los tiempos, los hombres, que sobreponiéndose al «medio» pregonaron las verdades nuevas, fueron considerados como anormalidades. Y todo porque opusieron a la «verdad» corriente, la verdad «hipotética»; un nuevo concepto moral, una nueva filosofía, o una cualquiera innovación científica. Nosotros, los anarquistas, somos considerados socialmente como anormalidades; dentro del régimen social representamos el desorden del «orden»: no somos la genuina encarnación del arquetipo, del «hombre-sombra», que representa en la sociedad el valor cuantitativo.

Aún hay muchos hombres que buscan en la antigua filosofía la verdad, ignorando sin duda que la verdad — la única verdad del mundo—es relativa, y que la considerada y admitida como verdad en una época, fué la mentira de otra época. La verdad absoluta no existe, no puede existir; existen sólo verdades sujetas a la relatividad del tiempo, mutables como las formas de la materia, que cumple su metamorfosis eterna. Para llegar a la verdad absoluta, sería necesario que el mundo de los seres y de las cosas se estacionara y dejara de evolucionar, porque es la evolución, en su continua marcha ascendente, la que crea y destruye los conceptos morales de los individuos, las moralidades de los pueblos, precipitando el derrumbamiento de los regímenes que tienen sus principios básicos en el dominio y la tiranía. Nada, ni aún los cuerpos inorgánicos, pueden sustraerse a la influencia de esa ley «fatal» que rige al Universo: la evolución se opera hasta en las capas más inferiores de nuestro planeta.

La correlación del proceso evolutivo, se explica fácilmente si estudiamos un poco la historia de la humanidad. Y la inmutabilidad de la vida, como principio de toda religión, queda destruída por la verdad científica que nos explica al hombre «como una línea perpendicular» que parte de «un punto» para terminar en la nebulosa de «un punto». Nada hay inmutable en la vida. El mismo Dios, abstrata creación del hombre, es mutable. El Dios del cafre, no es por su estructura, ni por su «virtud», el Dios del civilizado. Cada raza, cada pueblo, lo concibe según su propia idiosincracia: como síntesis de su civilización; y cada hombre dota a «su dios» con su propia psicología: le concede los atributos de su carácter, o lo que es más sintético: lo crea a su imagen y semejanza. Si los dioses primitivos fueron personificados en animales, a los cuales di-

vinizó y dió propiedades buenas y malas la rudimentaria inteligencia del hombre, fué porque el hombre divinizó su propia animalidad.

Según la humanidad fué evolucionando, los hombres, obligados por la misma Naturaleza a luchar en el medio donde se desarrollaban, para no sucumbir ante las más apremiantes necesidades se vieron obligados a dejar la vida vegetativa de los animales; y de ahí nació la necesidad de pensar y estudiar los complicados problemas de la Naturaleza. Desviada la razón humana desde sus principios y encaminado el pensamiento por los escabrosos derroteros de la metafísica, los hombres se pasaron siglos y siglos discutiendo la existencia de Dios, (como causa única: «gran todo» creador y regulador de la materia) de un Dios espiritual, inmutable, el que, a pesar de su inmutabilidad, fuéronlo modificando, dándole y quitándole atributos, cualidades y propiedades, a fin de ponerlo en concordancia con la época: la Religión fué en todos los tiempos, el fiel reflejo de la moral establecida.

Los hombres, antes de estudiar los efectos que sobre ellos obraban, pretendieron estudiar las causas, o mejor dicho: la «causa única» — pero siempre con esa tendencia a atribuir a un sér divino su origen — porque consideraron a la Naturaleza incapaz de subsistir, crear y regularse por sí sóla, sin necesidad del «agente-motor» extraño a ella, inventado por teólogos y metafísicos.

De esa creencia, provino la insuficiencia y la incapacidad de los hombres, los cuales se consideraron incapaces de vivir sin el tutelaje o gobierno de otros hombres, delegando en ellos su individualidad. Ese fué el origen de la creación de los dioses, de los papas, reyes, emperadores y presidentes que gobernaron a los hombres en sus diferentes manifestaciones: religiosas y político-sociales. La tiranía tuvo en todos los tiempos un «justificativo»: se gobernó a los pueblos por «derecho divino», de la misma forma que hoy se gobierna por «derecho humano». El sufragio universal, en nada modificó el derecho a gobernar: solo cambió el «medio», el pretexto. Los dioses y los jefes fueron los tiranos del pueblo; y el hombre fué esclavo de Dios y esclavo del Hombre.

Hay que luchar, luchar siempre, para que surja en el hombre su individualidad, anulada por muchos siglos de servilismo. Tenemos que inculcarle su «yo», la confianza en sí mismo, para que no delegue sus derechos en otro hombre, para que sólo confíe en su única fuerza.

Destruyamos el altar donde se adora a los dioses; derrumbemos el pedestal donde se erigen los ídolos: las creencias rancias que perpetúan la imbecilidad humana.

Emilio L. ARANGO.

Buenos Aires, mayo de 1917.

I.º DE MAYO

Para «Alborada».

Todos los dogmas, patrios, religiosos y políticos, han tenido sus mártires y tienen días (para ellos se entiende) de solemne conmemoración. También nosotros tenemos nuestra larga e interminable lista de mártires y un día de recuerdos trágicos por su desenlace, pero grande y solemne por su origen.

¿Qué diferencia existe entre los tradicionales conmemoradores de actos políticos y religiosos y los que conmemoramos el día 1.o de Mayo?... Diferencia grande, magnánima y sublime; los que conmemoran atávicos tradicionalismos, son los que pertenecen al estacionamiento, los que obstaculizan y entorpecen los avances de la evolución, los que se esfuerzan en perpetuar las falsedades, el error y la superstición.

Son los que engalanados con falsos oropeles, consciente o inconscientemente labran y refuerzan el pedestal de la injusticia e iniquidad sociales.

Son los que apartándose de las leyes de la «Naturaleza» todo le pervierten, corrompen y degeneran; los que blasonando de una dignidad que no poseen y de una filantropía que están lejos de sentir, entonan himnos in excelso; a todas aquellas bellas cualidades, que

directa y cínicamente se niegan a practicar.

Son los que ensalzan las patrias para destrucción de la especie, son los que crean el inícuo privilegio, sancionando la denigración del hombre en el intenso vaivén de los bajos convencionalismos y del profundo dolor universal.

Son los que glorifican el trono de su dominio, perpetuado con viles bajezas y mares de sangre, los que preconizando igualdad de derechos, cimentan el desnivel de las clases oprimidas, los que presumiéndose dirigentes llamados a velar por el «destino de los pueblos»; resultan su más aplastante y despótica carga.

Los que hemos sentido filtrar en nuestros sentimientos, ráfagas purificadoras del bello y redentor «Ideal», no podemos permanecer fielmente sujetos a los atavismos y supersticiones del pasado, nuestros anhelos y nuestra labor, pertenece y responde al porvenir.

La evolución no se cumple por «obra y gracia» de los que permanecen estacionados, sinó por el heroico y desinteresado sacrificio de los que en todo tiempo lucharon a brazo partido contra el ambiente de su época.

No pretendemos con nuestra insinuación crear mártires a la leyenda; pero tampoco desconocemos que la evolución solo ha logrado abrirse paso lentamente, aumentando continuamente con creces el número de las víctimas sacrificadas en holocausto al eterno y latente anhelo de liberación.

Por ello es, que entendemos sumarnos en el número de los qué, hoy 1.o de Mayo, converjen al unísono con el clamor, vibración, propósitos y anhelos del proletariado mundial, el que, si bien boga en un mar de deficiente capacitación y atraviesa por un período de embrionaria organización, no por ello deja de haber definido y dirigido los puntos de mira en línea recta hacia el puerto de salvación.

Queden deslindadas las posiciones, entre nosotros y los que adulterando el origen del 1.o de Mayo, declaráronle fiesta del trabajo; dicha conmemoración no puede festejársela con alegría y regocijo, puesto que trae a nuestra memoria el horrendo crimen de la burguesía norteamericana.

El año 1886 declarábase en el Canadá de Norte América una formidable huelga, en la que pedíase disminución de horas de trabajo, a fin de facilitar ocupación al crecido número de obreros desocupados; la huelga adquiría siempre mayor desarrollo e incremento, hasta el punto de causar terror a la burguesía de aquel país; la que envuelta en obscuro y tenebroso misterio, fraguó el gran crimen.

El día 1.o de Mayo declarábase la huelga, el día 3 la policía provocó a los huelguistas con choques violentos; el día 4 los huelguistas reuníanse en una plaza pública, para protestar contra dichos atropellos, mientras uno de los oradores dirigía su alentadora y enérgica voz al pueblo, una formidable detonación repercutió en el espacio.

¿Qué había sucedido?, una mano siniestra y criminal había consumado el hecho, una bomba había sido arrojada; el terror cundió con la rapidez del rayo, la policía de a pié y de a caballo reforzada por un piquete de militares, arremetió con desenfreno feroz; gritos, ayes, muertos y heridos; detenciones, encarcelamientos y procesos, arrojaron el fruto deseado: el sofocamiento de la huelga.

Trás un largo y tenebroso proceso, seleccionábase a ocho víctimas, a las cuales declarábaselas responsables de la bomba arrojada, y cinco de ellas condenadas a la última pena capital, ser ahorcados en plena plaza pública: condena que monstruosamente se consumó el 11 de noviembre de 1887.

Las víctimas escogidas, fueron: J. Engel, A. Fischer, R. Parsons, A. Spies y Luis Lingg sentenciados a la última pena capital; O. Neebe, S. Shwas y S. Fielden condenados a diez y quince años de prisión.

La inocencia prevista de aquellas víctimas no tardó en confirmarse: dos años más tarde al renovarse la gobernación de Illinois, el nuevo gobernador ordenaba se hiciera un severo y escrupuloso examen del proceso de los ahorcados, y... ¡Oh ironía!; las víctimas ha-

cho es que la historia continúa prendida a las ubres de las matronas sacrosantas, sean quienes fueren sus pueblos y sean las que fueren sus épocas.

El destino humano, como vemos, tiene estas paradojas angustiosas, como las únicas verdades morales de los hombres que lo integran. Protestemos si queréis, pero es inútil.

José TORRALVO.

San Genaro, abril de 1917.

REBELION

Para «Alborada».

A todos los oprimidos de la tierra, a todos los vejados y humillados, los escarnecidos y espoliados, los que sus dueños tratan con el mismo vigor del potro sin domar y con la saña del buey sumiso, a todos los que sintiendo ansias de vida reconocen que la mole granítica del privilegio obstaculiza su marcha, a los que tuvieron un vislumbre de armonía y no obstante fueron incapaces de arrostrar las fatigas de la ascención a esa meta radiante de luz febea, a los que la abulia cercó y sumisamente soportan la somnolencia de la inercia que les impide reflexionar sobre el por qué de sus vidas sin alientos, sin esperanzas, sin delicias ni consuelos, pues no tienen esperanzas porque sus pupilas no divisan el miraje de la perfección, pues no tienen delicias, porque jamás supieron en que consistían, y no tienen consuelos, porque no sembraron el bien ni sufrieron los agudos puntazos del dolor, del desgarramiento del hondo pesar por los truncados ideales...

A todos los que sufren porque aman, a todos los inertes y los activos que se muerden los resabios y gritan sus rencores, a todos los que tienen un odio que exponer, una afrenta que vengar, a todos los libres que por ignorancia de las masas se ven imposibilitados de serlo y, a esas mismas masas que sus pastores empujan al matadero que es la guerra, al lodazal que es la política y al abismo sin fondo y sin orillas que es la sima hedionda y renegrida donde cohabitan todos los males sociales existentes, factores de una sola causa: la desorganización de esta violencia organizada que se denomina sociedad burguesa; a todos los que ven como se matan hermanos con hermanos y rememoran los tiempos gloriosos en los que un puñado de valientes arrostraron con insólita arrogancia la maldad del suplicio y desde los patíbulos erigidos en tribunas gritaron enronquecidos por el rencor y exaltados por la videncia: ¡Salud, oh, tiempos! A todos los que en esta gloriosa jornada presencian el orto sublime del radiante Apolo que, asomando su llameante frente en el Oriente parece vivificar a los hombres exhortándolos para que se apronten a repeler las imposiciones de los malvados, de los infames que la sangre del pueblo no se cansan de absorver; a todos los que tengan oídos y, al escuchar mi grito, sientan rubor en sus frentes y conmoción en sus pechos, a todos los que recordando la herencia heróica de sus antepasados que nunca dejaron de luchar por lo que hoy pueden gozar de medianas libertades; a todos los que un átomo de dignidad conserven, vayan mis alocadas marsellesas y mis somatenes sonoros, mis exhortaciones fervorosas y mis apretones de manos, mis abrazos efusivos y mis elocuentes miradas de reconocimiento por su indómita bravura que al fin, reconociendo que hoy es un día de lucha, de combate sin cuartel, de batalla encarnizada, los ha hecho poner de pie y gritar sus blasfemias y sus apóstrofes al par que sus amorosos cantos de advenimiento de mejores días para la humanidad desconsolada, desvastada, burlada y carcomida por la polilla que corroe todo lo enfermo y lo aniquila.

Hombres, mujeres, niños, los de todas las edades y sin reconocimientos de clases ni castas, todos de pie y marchemos, estrechando filas, cogidos de los brazos como una sola entidad, como un solo individuo, como una sola molécula.

Rebelémonos contra todas las imposiciones, contra todos los absurdos, como aquellos colosos que en Chicago tuvieron la arrogancia de gritar: ¡Salud oh, tiempos!

Hoy es primero de Mayo, el sol alum-

bra la tierra vivificándola y nos satura el cerebro de su luz fulgurante y benéfica, hagamos de modo, que al anunciar su ocaso cotidiano, no se envuelva entre nubes grisáceas como avergonzado de nuestra cobardía, de nuestra sumisión, de nuestra bochornosa incapacidad mental y física.

R. Ruíz CRUCES.

PASIONISMO E IRREFLEXION

Para «Alborada».

Lamentables, extremadamente lamentables y bochornosos son los hechos que en los actuales momentos tienen por teatro la capital de la república.

Lo increíble, la chispa criminal que convirtió en hoguera a casi toda Europa, ha seguido su peregrinación maligna y hoy ya la tenemos avecinada, muy cerca de nosotros y amenazándonos.

Y ha sido suficiente eso, para que los espíritus mal equilibrados y peor dispuestos, se hayan convulsionado. Los de siempre, los patrioteros de pacotilla, los impúberes irreflexivos, los tiranuelos de hoy, los quién sabe qué del mañana, han demostrado una vez más su voceada cultura y su proverbial sensatez; dominados por sus caprichos de mujerzuela histérica y vulgar, se han lanzado una vez más a las calles en son de protesta por el hundimiento de un buque velero, — hecho que será muy digno de lamentación y reproche, — pero no merecedor de las demostraciones violentas, despóticas e irreflexivas que con tal motivo se están verificando.

Una vez más las hordas pundonorosas del Centenario, tristemente célebres han salido a la calle y, afiebradas, han cometido desmanes reprochables que con elocuencia suma demuestran nítidamente la educación y sensatez de sus promotores.

Procediendo con arbitrariedad repudiable, han acompañado sus cantos épicos con acciones hostiles, extremadamente violentas y perfectamente salvajes, hácia los súbditos de determinada nación —residentes en ésta, — cuyo único crimen hasta ahora, solo consiste en ser hijos de una nación bárbara y criminal y connacionales de un rebaño humano, abominables por su mansedumbre y repugnantes por su esclavitud.

Y la turba-multa impúber y alocada en su paseo ridículo por las calles de la urbe, ha obtenido la adhesión de instituciones y súbditos aliados, quienes con esto se han hecho cómplices de un proceder injusto y de una aptitud indigna, asumidos en momentos fébriles hijos de la irreflexión.

Sería necesario que una vez por todas terminasen estos actos y desmanes y que los patrioteros de cartón, así como los súbditos de las naciones aliadas, reflexionasen profundamente si es que gozan de éste dón y obtasen por irse a Europa en calidad de voluntarios los primeros, y por deber los segundos,— debido a sus sentimientos patrióticos— aumentando asi el número de bárbaros y retrógados que faenean y son faeneados diariamente en la vieja Europa; pero como esto es muy difícil, debido a que hay mucha diferencia entre estar en Europa en las trincheras o puestos avanzados sufriendo estúpidamente toda clase de privaciones y peligrando la vida en todo instante, a estar cómodamente ubicado en un balcón agitando una bandera y profiriendo vivas y hurras, cuando no prodigando aplausos a la comparsa patriotera que desfila; es por todo esto que estimo más conveniente que los señores patrioteros opten por callarse y archivar su patriotismo rancio, cuyo tufo pestífero está sometiendo a dura prueba a las fosas nasales mejor templadas.

Comprendan señores tartufos, que no van a ser ustedes súbditos aliados, dueños de inmensos capitales residentes en ésta, ni ustedes jovenzuelos muselinescos semi-hombres, impúberes de voz atiplada dignos de lástima, los que váis a ser carne de cañón, con seguridad que nó; carne de cañón va a ser el joven obrero que lleno de entusiasmo trabaja en el taller sin descanso, para llevarles el pan a sus tiernos hijos y a su amorosa compañera o el joven obrero que trabaja sin cesar, para llevarle el

sustento a su madre viejecita y enferma.

Pero vosotros burguesotes funestos no pensáis en esto, porque vuestros capitales inmensos os ponen al cubierto de todo y si deseáis la guerra, no lo hacéis más que con la intención trágica de especular inícuamente sobre las lágrimas y las miserias de este pueblo. ¡Buitres!... acudís a lo que se descompone,.. .a lo que muere!

Y vosotros jovenzuelos patrioteros y patoteros, tampoco reflexionáis sobre todo esto, porque nunca habéis experimentado en carne propia, las miserias, ni las necesidades y las obligaciones; siempre habéis tenido un padre o un hermano que aun dependiendo de un modesto empleo muchas veces, se sacrifica para abastecer vuestros gustos y para permitiros aparentar y rivalizar.

Pero dominad un momento vuestros impulsos desmedidos y reflexionad intensamente sobre las consecuencias funestas, que traería aparejadas una guerra; si en la actualidad el negro espectro de la Miseria se pasea triunfalmente entre nosotros, enseñoreándose en cantidad innúmera de hogares, ¿que pasaría si la guerra nos envolviese en su trágico y criminal torbellino?...

¡Las consecuencias!..., sobre éstas, reflexionad vosotros, jovenzuelos impulsivos y muselinescos.

Y la policía, la eterna irascible, ha tenido en esta ocasión demasiadas contemplaciones, ha estado extremada y estúpidamente magnanima, dando lugar a que los mismos diarios burgueses y patrioteros, critiquen su aptitud, diciendo que han sido «excesivamente complacientes cuando su deber era evitar que se cometieran atropellos injustificables».

Esta vez la policía y sus representantes los agentes de la guardia de inseguridad no han estado a la altura de sus antecedentes, ni tradición, pero en cambio se han hecho en parte solidarios de atropellos injustos y aptitudes incorrectas y violentas.

Hace poco más de un mes las policías santafecinas, en un mitín de desocupados que pedían pan y trabajo, procediendo criminalmente sablearon y balearon a numerosos manifestantes por el delito único y honrado de pedir pan y trabajo. Se ensañaron con la turba mansa y hambrienta, vejaron al rebaño consciente y viril.

En Firmat, las policías brutales y despóticas procedían inícua y criminalmente con obreros honrados y humildes que pedían con derecho pan y trabajo; y aquí, en la capital de la república, las policías han contemplado parsimoniosamente atentados abiertamente injustos y extremadamente violentos. Han presenciado procedimientos de neta y violenta hostilidad, con una calma injuriosa y una arbitrariedad repugnante, que provoca el adjetivo más violento y la ira del más manso.

Máximo MASSINI.

Abril 17 de 1917.

¡SON ELLOS!...

Para «Alborada».

Sí, son ellos, los idealistas, los triunfadores, los cruzados de la gloria, los firmes, los que suben por la pendiente, con la mirada siempre fija en lontananza, allá... en la cima nevada de las montañas, en el rojo horizonte. Van al encuentro de la alborada, que un día estallará como furioso volcán, esparciendo su luz sobre la humanidad, que viendo entonces disipadas las tinieblas que la envolvían, abrazará con furia loca una vida de goces y placeres naturales, ofrecidos por su madre, la natura. Son los eternos, son los bohemios, los que marchan sobre guijarros, por amor a un ideal. Ideal de redención humana, ideal de amor, de justicia, de paz, de libertad; ideal que se infiltra gota por gota en el corazón de la humanidad, para llegar a ser su sangre, su alma, su todo y poderla redimir, levantarla del lodo, del fango en que se revuelca.

Son ellos, los que impulsados por ese ideal, marcharon a través del mundo, sin ver fronteras, con ánsias locas de redención, con deseos vehementes de ver a la grey, hoy baja y ruín, emancipada, libre; sí, libre como el aire y como el sol! Marchan siempre, siempre, hacia

allá, hacia el levante, hacia la parte donde se eleva el sol!

Son los eternos soñadores, porque es mejor soñar que vivir esta vida de miserias y dolores; van al encuentro del futuro en el cual viven soñando; hacia allá, pese a quién pese y cueste lo que cueste, siempre firmes en la brecha, en la lucha, sin abandonar la liza, porque es solamente patrimonio de cobardes y claudicantes. Suben por la pendiente, dejando atrás, en el llano, el funesto y obscuro precipicio, en el cual se revuelca esta loca y extraviada humanidad, a la que ellos han dedicado su vida por entero, para conseguir encarrilarla por la senda del saber y la justicia.

Allí, en ese precipicio, fué donde dejaron ellos, las cadenas denigrantes que rompieron de un solo golpe y las arrojaron a sus piés.

Y luego marcharon, remontaron el vuelo,, a través de ignotas regiones, para poder contemplar la explosión de la alborada.

Y yo también exclamo como ellos:

¡Oh! ideal, no me abandonéis nunca, jamás; dadme las fuerzas que necesito para luchar contra este mundo protervo, contra esta sociedad basada sobre el engaño y la mentira, contra la humanidad prostituta y degenerada!

¡Dadme las fuerzas que necesito para continuar en la liza, en la brecha, contra todos los sayones, contra todos los sicarios, contra todos los imbéciles cobardes, contra todos los que se interpongan al paso para obstruir la marcha de la ciencia y el progreso!

¡Aquí estoy yo!, lanza en ristre, contra todos, por amor a esa muchedumbre que duerme en su eterna noche moral, el largo y pesado sueño de la esclavitud.

En la liza, en la palestra, en el extenso y vasto escenario de la vida.

¡Aquí estoy yo!, dispuesto a luchar siempre, como luchan los hombres, por escudo mi bandera y por lanza mis ideas; frente a frente, pecho a pecho, cara a cara, contra todos los ignaros, ¡aquí estoy, junto a ellos, con los caballeros del ideal, con los firmes, con los decididos, con los errantes peregrinos de la vida, con ellos, con los que llevan en su retina, la explosión terrible de la alborada. ¡Con ellos estoy yo!

Leopoldo Arualdo VIVOTT.

LA GUERRA

Para «Alborada».

¡El mundo se suicida! El espantoso incendio que iniciara el terrible Marte en los tranquilos campos de la vieja Europa, se propaga con tan insólita rapidez, que amenaza llenarlo todo de llanto y de terror, sembrando la muerte y la destrucción por todo el haz de la tierra. Asistimos en los trágicos momentos porque atravesamos, al derrumbe universal. Hasta la joven América que soñaron sus libertadores llegara a ser la tierra de promisión donde habían de germinar las preciosas semillas de la libertad y del progreso, se dispone en estos lúgubres instantes a dar un salto atrás, a la barbarie primitiva, confundiéndose en la vorágine de la más espantosa, la más brutal y salvaje guerra que vieron los siglos.

Estamos pasmados de asombro... Nadie hubiera creído que esta guerra bestial llegara a producirse, después de la propaganda antiguerrera y antimilitarista que se venía haciendo en estos últimos tiempos. La realidad ha venido a demostrarnos que habíamos soñado mucho, y, por ende, que nos habíamos ido demasiado lejos.

Y llegó la más formidable de las guerras. Los salvajes instintos que parecían haber muerto para siempre, se desatan imperiosos en terrible huracán que asola y devasta los campos y los pueblos. Todo el mundo siente deseos brutales de matar, como poseído por una satánica sed de sangre y esterminio. El ambiente se puebla de terror, cual si por el aire cruzara un fabuloso tropel de terribles Walquirios.

Los gritos de dolor, son más grandes que los de protesta. Para mayor vergüenza, las voces antiguerreras, han sido débilmente proferidas.

Ante la hecatombe brutal que sufre

el mundo, no ha habido casi más que gritos de terror, de venganza y de crimen. Ha sido un triste momento de ofuscación, con que nos engañó la supuesta bondad de un apócrifo mirar.

Pero aún, podemos reaccionar. Armémonos de la serenidad necesaria para pora poder llegar a ver claro. La culpa, la enorme culpa de esta bestial carnicería sin precedentes en la historia, no puede recaer sobre una sola de las naciones en lucha. No hay inocentes: todas son y todos somos culpables. A todos nos llega la sangre derramada. Tan culpable es la «indefensa» Bélgica, como la «salvaje» Alemania. Todas las naciones y con ellas todos los hombres han contribuído a la actual catástrofe aquellas con su inefable deseo de armarse, y estos, por no haber hecho todo lo posible para evitarlo.

Protestemos, pues, contra la salvaje, la criminal y fatídica guerra. Ello rebaja al hombre hasta el nivel moral de los hotentotes y de las fieras de los bosques africanos. Además, es atentatoria a lo más sagrado: que es la vida. Protestemos, repito, contra quien está convirtiendo el mundo, en un mísero planeta habitado por ancianos y por inválidos.

Santos CERVONI.

EL AMERICANISMO Y LA GUERRA

Para «Alborada».

El continente americano, respondiendo a la política americanista de los buitres del Norte, está a punto de verse envuelto en esa conflagración que desde hace cerca de tres años tiene por escenario a la «culta y civilizada» Europa. No son, aunque muchos llamados internacionalistas se empeñen en «probarlo», principios de humanidad y de justicia los que inducen a los pueblos de ambas américas a ponerse de parte de las naciones de la «entente», como tampoco es el hundimiento de un barco la causa que produce la ruptura de relaciones entre dos estados: tanto lo uno como lo otro son fútiles pretextos que encubren — o al menos pretenden encubrir — infames ambiciones, ocultos manejos fraguados en los gabinetes y calculadamente dispuestos para que, en un momento dado, surtan el efecto deseado por los que hacen de la vida de los hombres el más bochornoso de los agiotismos.

La República del Norte, con su imperialismo comercial, ha envuelto a las demás repúblicas del continente, y no bien rotas las relaciones entre los Estados Unidos y Alemania, Cuba y Brasil le imitaron, estando también a punto de hacerlo la Argentina, Uruguay, Bolivia y Paraguay. Demostración de todo esto, es la falta de orientación en la política internacional de estas repúblicas y de la marcada influencia que sobre ellas ejerce Norte América.

¿Qué peligros pueden aducir las naciones americanas para embarcarse en una aventura guerrera? ¿Tienen acaso en peligro su soberanía, su estabilidad de pueblos independientes? ¿Pueden alegar siquiera la defensa de sus fronteras, de su suelo que peligra ser invadido por un ejército poderoso? No, nada de eso puede acontecer en América, toda vez que, los que se cree provocaron la guerra, están al otro lado del Atlántico y es inadmisible que mandaran aquí un ejército con poder suficiente para someter a todos los pueblos del nuevo mundo.

Alegar principios de humanidad es una ironía sangrienta, toda vez que por sí sola la guerra es la antítesis de todo humanismo y de toda justicia. Los que glorifican la guerra, para luego salir anatematizando a los que en la guerra no se ajustan a ciertas reglas, a fórmulas convencionales que nadie cumple, nada saben de los derechos de los hombres, como tampoco de la soberanía de los pueblos, sujetos a dictaduras infames y arrastrados al matadero por los gobernantes en defensa de una patria: infame madrasta que a sus hijos asesina.

La responsabilidad del gran crimen colectivo, no está en Alemania, ni en Francia, ni en Inglaterra; está en el régimen; porque la guerra, como fenómeno social, es una resultante de las

organizaciones humanas de la convivencia y de la moralidad de los hombres, que la admiten como un fatalismo, encontrando su razón de ser en la defensa de la patria, enemiga implacable de las otras patrias que forman el conjunto de la humanidad.

América vá a la guerra defendiendo —según afirman sus más esclarecidos panegeristas—la libertad y el derecho de los pueblos, pisoteados por la bárbara y avasallante Germania. Defienden a la Francia por razones de idioma, de raza, de psicología y de civilización; la defienden porque es la Francia la cuna del progreso, y al ser Francia aplastada por la «bestia rubia» la humanidad retrocedería no se cuantos siglos. Todo esto pretenden sea la causa principal de la intervención de Norte América en el conflicto armado sostenido por las naciones más ambiciosas y prepotentes de Europa.

Sin embargo, ante la realidad de los hechos queda destruído este pretexto, justificativo de móviles indignos y que la diplomacia de los estados pretende ocultar. Tanto Norte América como Brasil, ¿qué fué lo primero que hicieron al declarar la guerra a Alemania? Apoderarse de los buques germanos surtos en sus respectivos puertos. Ese es el único móvil de la guerra actual, de todas las guerras que registra la historia. La rapiña, es la razón suprema de los estados en un momento de convulsión; la conquista, acompañada con el incendio, el saqueo y demás actos de violencia, es la consecuencia más directa de las guerras. Todas las naciones, en sus guerras de conquista, alegaron principios de humanidad y justicia, de progreso y civilización. Y todo esto sucede, precisamente, porque cuando se trata de crímenes colectivos se subvierten los valores morales del crimen.

América no tardará probablemente mucho en formar parte activa de la universal contienda. Y los anarquistas de todo el continente, debemos forzosamente definir nuestra situación frente a la guerra: nuestra actitud de antimilitaristas, frente al chauvinismo de los que vociferan destilando su hidrofobia guerrera.

XAXARA.

Buenos Aires, mayo 1.o de 1917.

CRONICAS DEL MOMENTO

El monstruo del populacho

Sí; quedan aún en lo hondo de nuestra substancia, a manera de un ponzoñoso sedimento, resabios del hombre ancestral, del hombre salvaje habitante de las cavernas. Si es verdad que la cultura de los pueblos ha hecho mucho desbastando y repuliendo aristas en nuestra bárbara idiosincracia, no es menos verdad que falta mucho aún para el relativo perfeccionamiento del hombre.

La prueba irrefutable de lo dicho, la tenemos no ya con los pueblos beligerantes de esta guerra monstruosa, sino con los apologistas y fanáticos devotos de la guerra misma. Es en éstos donde aparece más patentizada la contrahecha fisonomía moral del hombre de nuestros días.

Hagamos crónica, calcando de la misma realidad abominable que hemos presenciado.

Con motivo de no sé qué navío argentino hundido — según los telegramas—por un submarino alemán, el populacho salió en una alocada manifestación por esas calles, formando una ingente columna, a cuya cabeza flameaba la bicolor bandera ultrajada tan villanamente: estas son palabras de los manifestantes, por supuesto. La marea humana acrecía más y más por todas partes por donde pasara su bronco rumor de protesta; los gritos de: «¡Muera Alemania!» y «¡Viva la Argentina!», atronaban el ambiente con belicosos estallidos... ¡Cuántos de esos que pasaban vivando y pregonando la protesta del «espíritu ultrajado», sufrirán el flagelo de la miseria más inícua! ¡Cuántos de esos vivadores gratuitos, hambrientos de vengar una ofensa nacional, ambulan diariamente sin descanso, implorando, como una limosna de piedad, que

les alquilen sus pobres brazos, viles instrumentos de la rapacidad capitalista!... Y, no obstante ello, vedlos ahora; contémplalos, filósofo, cómo van por esas calles rodando, arrollando a todos aquellos que no sienten la necesidad, que no la ven por ninguna parte, de descubrirse ante ningún harapo más o menos teñido de azul, de rojo, de verde, de amarillo, etc.

Sí; yo he visto el monstruo del populacho querer linchar a un jovenzuelo indefenso, por haber tenido la altivez, la dignidad y la sinceridad de la recta conciencia, para no descubrirse ante ningún atributo de la barbarie y el error! Sí; yo he visto a esa horda que vestía ropa de gente civilizada, tomar a golpes de puño a un mozalbete íntegro, que permaneció con la cabeza cubierta, como una sorda protesta contra ese populacho acéfalo, imbécil incurable, que exigía por fas o por nefas la humillante veneración a un ídolo falso, sin positivo valor! Rugía como una tribu en son de conquista invasora, esta mesnada hambrienta, vilipendiada, carne de explotación, instrumento magnífico de los parásitos y resorte insustituíble del chanchullo y de las bastardas ambiciones de los peores mandatarios; rugía, sí, soliviantada en presencia de un hecho del que ella no comprende su grandeza, su mérito moral: un hombre que no quiere descubrirse contra su voluntad, puesto que su voluntad ve cuán absurda es esa veneración a la estupidez de un símbolo patriótico.

¿Cómo queréis, ¡oh, vosotros los patriotas a tutiplén!, conseguir prosélitos para vuestras ridículas antiguallas, de esa manera tan improcedente?... Sí véis que un joven, encerrando en el más profundo de los mutismos, deliberadamente no descubrióse al paso de vuestro lábaro, ¿no véis, no comprendéis que, implícitamente, os dice que no pertenece a vuestra capilla? ¿No os está diciendo, ¡hombres puritanos como la piel del armiño!, que no es un correligionario ese muchacho que permanece tocado con su sombrero, porque no ve pertinente coger constipados a toda hora?...

Yo conceptúo, en homenaje de la Verdad lo digo, una acción antipatriótica el obligar a viva fuerza a que un hombre descúbrase ante una bandera cualquiera.

La adoración de las cosas debe ser espontánea manifestación imperiosa de nuestro espíritu; de lo contrario, veréis muchos adoradores... pero muy pocos que crean en lo que adoran.

Mas estas simples razones, tan llanas y palpables de por sí, no pueden caber en esa enorme cabezota del monstruo del populacho. Y es, dicho se está, que esa testa enorme no razona jamás, porque razonar equivale a trabajar, a desgastar energías; y el populacho es el eterno perezoso, el mordido por la desidia fatal: sólo trabaja para comer... ¡Y esto, naturalmente, por instinto de conservación!...

En fin, para terminar esta crónica amarga para quien la escribe, diré que confío en el poder de la cultura; que a la larga si se quiere, pero seguro, el populacho tomará el nombre — inaccesible todavía — con que desígnase a una colectividad de gente civilizada, culta, dominadora de sus bajos instintos y sublimada por el halo glorioso de sus sentimientos nobles de justicia, de amor, de belleza y de verdad.

Una colectividad de gente que pretende despedazar a un indefenso jovensuelo, por el mero hecho de no descubrirse al paso de un símbolo patriótico, no es un pueblo propiamente dicho aún: es el monstruo del populacho.

He aquí, pues, ¡oh, sembradores de románticos ideales!, no el enemigo pavoroso del Clero, ni el socarrón del Estado, ni el desalmado del Capital, sino el enemigo común, la bestia a la que hay que domar: el monstruo del populacho.

López de MOLINA.

Rosario, Otoño de 1917.

¡Mujeres! — Emancipaos de la bárbara sumisión a las ideas con que especulan los que se creen con derecho a disponer del pensamiento, voluntad y vida agenos.

La teoría vertebral del craneo

Para «Alborada».

Investigando en los animales la unidad de composición que había descubierto en los vegetales y remontándose a la constitución de un tipo del que podrían deducirse racionalmente todos los existentes, el gran poeta W. Goethe, al observar en 1790, en la playa de Venecia varios fragmentos de un cráneo de carnero, concibió la idea de que el cráneo estuviera formado por cierto número de vértebras modificadas en la forma y proporciones. Contemporáneamente expresaron ideas análogas Frank y Oken, las cuales, andando el tiempo, habían de introducir en la Anatomía comparada el concepto de la formación de las varias partes de un organismo por la repetición y modificación de un órgano.

Goethe y Oken al comparar los cráneos de los mamíferos, creyeron encontrar que dichos huesos corresponden a vértebras modificadas, así basi-occipital (cuerpo vertebral); ex-occipitales, cuerpo y arriba supra-occipital, proceso espinoso.

Si bien es cierto que Goethe, no llegó después de sus numerosas observaciones osteológicas a conclusiones definitivas—siquiera el gran poeta se revela transformista, asignando una gran importancia al medio ambiente en las modificaciones que pueden sufrir los organismos—ello es que sus teorías alcanzaron dentro y fuera de Alemania, un gran crédito. Solo después de algún tiempo empezó su revisión. Así, el célebre naturalista inglés Henry Thomas Huxley, demostraba que la teoría vertebral del cráneo no era exacta, fallando la comparación en los peces y más aún, en los animales de cráneo cartilaginoso como los Selaquios, en cuyo cráneo primordial, constituído por una masa de cartílago, es imposible establecer el límite de las vértebras. Más tarde, la misma teoría resucitó, presentada en una forma más correcta, por obra de Carlos Gegenbaur, el célebre anatómico de Heidelberg. Este investigador demostró en el cráneo de los vertebrados, que una parte fué segmentada, durante el estadío embrional, comprobando este aserto en sus estudios acerca del sistema nervioso de los Selaquios, en los cuales, por lo menos, la región posterior del cráneo (occipital) fué segmentada; no así la anterior. (1872) Tal teoría fué elaborada en sus detalles, por Fürbringer, el cual llegó a la conclusión de que en el cráneo hay que distinguir el «paleo-cráneo» y el «neo-cráneo», correspondiendo el primero a la región anterior del cráneo, y a la posterior el segundo.

El «páleo-cráneo», o sea la parte más antigua, es el cráneo de los «Ciclóstomos» (falta en ellos el neo-cráneo), que termina en la región auditiva, es decir, en el VIII.o par. Ahora bien, el «páleo-cráneo», nunca ha sido segmental; y así puede afirmarse que éste es más viejo que la columna vertebral. En los «Ciclóstomos» no hay vértebras, existiendo apenas arcos dorsales (en «Myxine», no existen vértebras, y sí solamente arcos dorsales). Lo cual hace probable la suposición de que primero existió el «paleo-cráneo» y después la columna vertebral e imposible de establecer la homología entre ambas cosas.

En todos los animales, los restos de las vértebras han formado el cráneo posterior. En los «Anfibios», el cráneo termina en el décimo par (nervio vago), del propio modo que en los «Selaquios», en los cuales dicho nervio se distribuye en las branquias.

Si seguimos remontándonos en la série filogenética, de los «Anamnia», a los «Amniotas», veremos que en los «reptiles», «aves» y «mamíferos», existen doce pares de nervios craneanos.

La teoría vertebral del cráneo, establecida en base de los datos apuntados, no es segura, por no estar probada, entre otras cosas, la unión de las partes vertebrales con el cráneo.

El límite caudal del cráneo no es el mismo en todos los vertebrados, sino variable, debiendo haberse corrido hacia atrás en los animales superiores, lo cual plantea un problema interesante.

Si entre los «Amniotas», se compara un cráneo de reptil con uno de anfibio, vése aparecer, en seguida, diferencias en la región occipital. En los anfibios existen dos cóndilos sobre los ex-occipitales, al paso que en las aves, y en los reptiles existe uno sólo (monocondíleos) en oposición a los discondíleos (anfibios y mamíferos).

También resulta interesante el hecho de que en los reptiles y las aves el cóndilo simple esté formado por tres partes, una constituída por el basi-occipital, las otras dos, por los ex-occipitales. En el embrión de los mamíferos, existe un solo cóndilo bipartido.

El cráneo primordial de los «Amniotas», es menos desarrollado que el de los «Anamniotas», diferencia que se refiere a la base del cráneo y al cerebro en la región orbitaria. Desde este punto de vista, el ilustre anatómico alemán, Gaupp, ha distinguido dos tipos de cráneo: el «platibásico», en el cual el cerebro se extiende dentro de la región inter-orbitaria, resultando de lo cual que este tipo de cráneo tiene una amplia base («anfibios» y «selaquios»); y el «tropobásico», que se encuentra en los Amniotas, en general (reptiles, aves y mamíferos), en los cuales el cerebro no se extiende en modo alguno entre las órbitas, existiendo, por el contrario, un tabique inter-orbitario y hallándose las órbitas situadas por delante del cerebro.

Tal es, en pocas palabras, el estado de la complicada cuestión del orígen vertebral del cráneo, la cual espera para ser resuelta, otras luces que la anatomía y la fisiología comparadas, no tardará, sin duda, en aportar.

Víctor DELFINO.

LA OBLIGACION MORAL

Uno de los caracteres más salientes y más comunes del conflicto entre los motivos de acción en el espíritu del hombre poco inteligente, es la preponderancia habitual de los motivos egoístas o inmediatos, sobre los motivos altruístas o lejanos. Se deja casi siempre arrastrar por la seducción del placer o por la ventaja personal o el más próximo, sin detenerse en la consideración de las consecuencias que pueden resultar para otros y para él mismo, sin examinar si este interés aparente del momento no es una simple ilusión a la cual no puede abandonarse sin privarse para el porvenir de un bien infinitamente más importante.

Vemos exactamente lo contrario en los hombres inteligentes y experimentados. Cuando son arrastrados por la pasión, siempre tienen en cuenta el interés de otro y en los actos que no interesan sino a ellos mismos, se aplican con el mayor cuidado a no sacrificar nunca el porvenir al presente. Esta previsión es seguramente uno de los rasgos que marcan las diferencias entre las razas capaces de progreso y las que están condenadas a no conocer de la civilización nada más que sus miserias.

Este carácter es un producto de la evolución hereditaria, continuada durante un gran número de siglos. Resultado de una larga acumulación de reflexiones suscitadas por una larga serie más o menos prolongada de penalidades más o menos rigurosas y regulares.

Se sabe cual era en la antigüedad la severidad de los códigos políticos y religiosos. Los reyes y los dioses, igualmente celosos de su autoridad, quieren ante todo que se les obedezca. El desobedecer a la ley, revístese del crimen de la desobediencia a la voluntad del amo. Resultan así las represiones de una crueldad tal, que trasluce la venganza personal.

El terror del castigo, ha forzado

a los hombres a reflexionar maduramente sobre las consecuencias de los actos hacia los cuales se sentían inclinados, y esta previsión mantenida por todas las legislaciones, ha llegado a ser en las razas sometidas por mucho tiempo a este régimen, un hábito. Este se ha transmitido por herencia, como todos los otros a los cuales llamamos «instintos», transformándose en una parte de nosotros mismos, en una característica de raza.

Es este hábito hereditario, continuado y robustecido por la educación, el que ha hecho posible el sentimiento que llamamos «sentido moral», cuando se aplica a actos que interesan nuestro propio desarrollo moral, o que ponen en presencia nuestro interés personal con el de otro. Este sentimiento se manifiesta por la idea de «obligación» o de «deber». Los metafísicos y los teólogos moralistas, lo han localizado en un compartimento especial que llaman «conciencia», considerándole como una especie de revelación interna de la entidad del «bien absoluto». Este es el que Kant llama «imperativo categórico».

No debemos asombrarnos de estas fantasías en un tiempo en que la fisiología estaba tan poco adelantada y en que la observación parecía un método inferior, útil a lo más para las ciencias naturales. El hombre, el rey de la creación, escapaba por su dignidad a esta humillación; en su calidad de reflejo de dios, constituía el receptáculo de las entidades milagrosas, de las ideas eternas, el metafísico era el único digno de abordar tal estudio.

Así resulta que, por la ignorancia del hecho, hoy tan bien comprobado, de las transformaciones hereditarias en el dominio de las ideas, se ha hecho del «deber» una idea innata, es decir, revelada, y por consiguiente exterior al hombre, independiente de él, una especie de oráculo inmanente, universal, absoluto, una luz que ilumina necesariamente a todo hombre al venir a este mundo. No tenemos necesidad de insistir acerca de las consecuencias teóricas y prácticas de una doctrina que no admite diferencia moral entre los hombres, y que, por consiguiente, los somete a todos sin distinción, ignorantes e instruídos, a las mismas responsabilidades y en nombre de no sabemos cuál fantasma de conciencia universal, se aplica cada día a revolucionar la conciencia de las personas a la cual ilumina la observación directa y sincera de los hechos.

No hay que creer, sin embargo, que el temor del castigo probable, o los inconvenientes, sean cuáles fueren, que puedan resultar de un acto, sea suficiente para constituír el carácter moral del sujeto. Hay que agregar la consideración del motivo que determina su acción.

La producción del «sentimiento moral» bajo la forma de obligación, es el principio de una larga serie de evoluciones que se distinguen por la naturaleza de los móviles de acción, elevándose en el sentido de una progresión perfectamente determinada, y tendiendo cada vez más a impregnarse de la consideración del interés social. Esta consideración un poco vaga e indistinta, se hará cada vez más clara y precisa, a medida que la inteligencia de los hombres sea más capaz de consideraciones generales. No es que debamos llegar de esta manera a la doctrina del interés universal que suprime el individuo y lo sacrifica a la colectividad. Esta doctrina es falsa y peligrosa para la colectividad como para el individuo. No hay que olvidar, en efecto, que la colectividad se compone de individuos como total de unidades, y que, lo que es necesariamente malo para uno no podría ser bueno para la universalidad.

La verdad es, que el individuo debe siempre ser considerado como igual al individuo, sea yo, este individuo u otro. En buena moral, haciendo cada uno parte de la sociedad, al mismo título, yo no tengo más el derecho de sacrificarme que de sa-

crificar a cualquier otro de mis semejantes.

La forma en cierto modo abstracta de la idea de «obligación», de «sentimiento del deber», que se produce hereditariamente en nosotros al estado latente, por así decirlo, es lo que llamamos «conciencia» y la presencia de este instinto acumulado, es lo que explica porqué los errores de apreciación en el valor real de los motiovs de la conducta moral, producen en nosotros un sentimiento de pesar particular y más vivo que el que sigue a los otros errores: el «remordimiento».

Esta forma se produce por el sólo hecho de un largo hábito transmitido y adquirido. Es una predisposición que ha llegado a ser orgánica y que subsiste en nosotros aun fuera de todo conflicto moral, de todo encuentro de motivos opuestos, y que tiene por carácter especial y por efecto particular, suprimir la lucha misma, a lo menos en todos los casos conocidos anteriormente y en los cuales no puede haber dificultades de interpretación. En estas condiciones la idea de obligación se impregna tan intímate en nosotros mismos que se borra y desaparece. Hacemos el bien y huímos del mal, como marchamos, como respiramos, por instinto natural, que no solo no nos pide ningún esfuerzo, más aun, al que no podemos resistir sin un verdadero dolor.

En nuestra constitución moral actual encontramos un ejemplo muy tocante de esta transformación. Se sabe que los animales, aún aquellos que tienen un instinto social bastante desarrollado para vivir en rebaños, tienen la costumbre de maltratar a aquellos de entre ellos que son débiles o enfermos. Entre los salvajes y los niños—esta edad no tiene piedad,—encontramos muy frecuentemente la misma tendencia. Uno de los efectos más manifiestos del desarrollo moral, ha sido substituir esta brutalidad cruel, por un sentimiento completamente contrario. Hoy los hombres—por lo menos cierto número de ellos y de los más inteligentes—no solo no encuentran *ningún* placer en maltratar a los desgraciados, sino que su alegría la constituye el aliviarlos; su tormento es el no poder hallar los medios eficaces y rápidos para suprimir la miseria y el dolor y no pueden, sin cólera, pensar en las torturas que continúan infligiendo a los desgraciados incapaces de resistencia, los brutos, en los cuales el atavismo, se manifiesta precisamente por el placer que siguen hallando en los sufrimientos de los débiles.

Es así que la obligación nacida de la constricción violenta impuesta a una larga serie de generaciones, puede desaparecer, transformándose en placer en el hombre llegado al pleno desarrollo de la virtud moral sobre un punto particular.

Esta influencia del hábito transmitido o adquirido se manifiesta de mil otras maneras.

El hombre no gusta de la fatiga, y se comprende la leyenda que considera la obligación del trabajo como castigo impuesto a la humanidad. Sin embargo, vemos todos los días hombres que, después de haber trabajado toda su vida para ganar el sustento de su familia, continúan trabajando por mucho tiempo, después de haber alcanzado el objeto y que podrían considerarse como que han cumplido más allá, el deber que les incumbía. Hasta existen algunos que, después de haber renunciado a sus ocupaciones habituales para pasar en el reposo sus últimos años, mueren en este reposo del que solo sienten el aburrimiento.

El hombre llegado a la vida moral halla placer en llenar todos sus deberes hacia sus semejantes, por el hecho solo de que sabe que el «deber» reposa sobre la consideración elemental de la «utilidad», y que todo deber cumplido es una adición al «bien particular» de tales o cuales individuos, o al «bien general» de la sociedad.

El hombre honesto encuentra en el cumplimiento de sus deberes una satisfacción real, aun cuando no es efectiva. Hay una distinción importante

a señalar. El placer del deber cumplido puede ser un placer real, directo, efectivo. Pero otras veces puede ocurrir que el cumplimiento del deber exija un sacrificio, un esfuerzo. En este caso la satisfacción es indirecta, sobre todo, en el sentido de haber evitado el remordimiento.

Sería ridículo esperar para un tiempo próximo la generalización de semejante evolución moral, relativamente al cumplimiento de todos los deberes, aun en nuestras civilizaciones más avanzadas, pero basta comprobar que esta situación de espíritu no es imposible. Si, hay para nosotros que creemos en el progreso de la humanidad una gran alegría al pensar que el «sentimiento moral» puede llegar a ser en el hombre el poder director supremo, sin lucha, sin esfuerzo, sin vacilación, casi sin reflexión. Si, existen hombres en los cuales el «sentimiento del orden»—en el verdadero sentido de la palabra—está bastante desarrollado y es bastante poderoso para que todo lo que contravenga, les produzca un sufrimiento para que no puedan, sin un verdadero dolor, presenciar este desbordamiento de pasiones y de prejuicios egoístas que condenan a la humanidad a perpetuas torturas.

Y aquellos otros que desde hace tan largo tiempo protestan contra el mantenimiento de instituciones añejas y funestas, cuya sola razón de ser es la inmolación perpétua de los intereses del mayor número a las concupiscencias y a los egoísmos de los poderosos, se indignan en vano; pues, después de haber protestado por tanto tiempo contra las injusticias sociales, para tratar de buscar en apoyo de la simpatía popular, los hombres políticos acaban los unos después de los otros, cuando están en el poder por adjurar las convicciones aparentes de su juventud, a fin de merecer, por estas apostasías, la aprobación y el apoyo de los hombres que en la lucha por los intereses egoístas de clase, han abolido todo sentimiento de solidaridad, toda piedad por las miserias inmerecidas, hasta toda comprensión de las verdaderas necesidades de su propia situación, consideradas desde un punto de vista un poco elevado.

El mejoramiento de las condiciones sociales, la difusión progresiva de la instrucción; el perfeccionamiento contínuo de la enseñanza moral, podrían gracias a la influencia del ejemplo y de la herencia, desarrollar las aptitudes de las generaciones futuras y aumentar el número de inteligencias superiores.

Es necesario no perder de vista que la obligación es un fenómeno moral, cuya intensidad varía con las inteligencias.

Si bien considerada desde un punto de vista más general, podemos decir que la obligación domina sobre todo en la moral restrictiva o negativa, es decir, en las prescripciones que impiden el mal, tambien es cierto que, para los espíritus superiores el deber de hacer bien, es decir, trabajar para el mejoramiento de las condiciones sociales hasta llegar a un estado social más perfecto, reviste un carácter tan estrictamente obligatorio, como el de no perjudicar los intereses de cada uno.

EL SUEÑO LIBERTARIO

(Para «Alborada», y por su intermedio, para el compañero Vicente De Todaro).

Estoy en duda sí llamarte amigo o compañero. ¿Cómo más me agrade? Entonces optaré por llamarte compañero... ¡Es tan melodiosa esa palabra! ¡Oíd que sonido tan suave y cómo llega su eco armonioso, a lo más hondo de nuestro sér y hace vibrar, conmovidas, las más escondidas fibras del corazón: ¡¡Compañero!!...

¡Qué de suaves emociones experimenta el alma cuando llega hasta nosotros el eco de ese «¡Salud compañero!», que nos prodiga algún amigo al pasar a nuestro lado!

¿No sientes tu lo mismo? ¿Sí? Pues bien, si no estás muy de prisa y quie-

res dedicarme un momento de atención, te referiré un sueño que he tenido noches pasadas...

¡Qué hermoso sueño!...

¿Me prestarás atención? ¿Sí? ¡Gracias compañero!

Pero para acortar un poco el tiempo, daremos un paseo por el campo, y así nos evitaremos el entrar en las tabernas... pues, ¿no te parece que es una bajeza para nosotros, transpasar los umbrales de ese «anfiteatro del crimen?» Sí, compañero es indigno de nosotros que buscamos dignificarnos, frecuentar esas casas donde solo encontraremos degradaciones y embrutecimiento... Tendrían derecho a llamarnos ¡claudicantes!... y nosotros, no debemos dar lugar a ello.

Pues bien, como te había prometido, voy a referirte parte del sueño que he tenido. Noches pasadas y a la hora de costumbre, me acosté, para así tratar de reponer un tanto mis gastadas energías, para volver al día siguiente al habitual trabajo de doce horas consecutivas, para ganar el mendrugo que con desprecio me arrojan los amos! Sí, compañero!... A trabajar por un mendrugo de pan, que «ellos», se encargan de medirlo muy bien para que no sobre nada para el día siguiente... pues podría ponerse duro y «lastimar» mi delicada dentadura... (¡Qué buenos son, no?)

Estaba pensando en el mendrugo de «mañana» cuando me quedé profundamente dormido.. ¡era tan grande mi cansancio!... Pero dormí poco, pues muy pronto me sentí agitado por un sueño desordenado y loco... Lo recuerdo muy bien, tu y yo hemos sido los primeros, después, los otros compañeros... ¡Se nos condenaban! ¿A qué y quiénes eran los que nos condenaban? ¡Al destierro! Y eran ellos, los que alquilaban por un mendrugo nuestra persona... ¿Por qué nos desterraban? Porque nos veíamos atropellados por los amos, y nos sentimos hombres; nos rebelamos... y exigimos más pan y más libertad... Y para ellos lo que pedíamos era un crimen y ¡claro está! nos condenaron...

Quince éramos los compañeros desterrados y, la mayoría de ellos, tenían compañera e hijos. Yo tenía padres y hermanos, a los que, me veía obligado a decir ¡adiós! para siempre, y marchar, con los otros compañeros... A vosotros os han permitido llevar vuestras familias, pero a mí reserváronme otro sufrimiento... ¡separarme para siempre de mis padres y hermanos!...

Pronto, muy pronto nos llevaron; primero en tren, luego en vapor y por fin, los «tiranos minúsculos» nos abandonaron en una llanura inmensa, a un kilómetro más o menos del mar y muy cerca de un imponente bosque.

Nos dejaron alimentos, herramientas de trabajo y armas. Al despedirse de nosotros, nos «honraron» con un discurso, diciéndonos «que habían resuelto dejarnos allí abandonados para que aprendiéramos a vivir. Os dejamos herramientas, — continuó el del discurso, —para que trabajéis si lo deseáis.... Ahí tenéis suficientes alimentos, para que no os muráis de hambre»....

«Ya véis que buenos son los amos! —dijo otro aspirante a tirano. — También os dejamos armas, para que os asesinéis ¡bestias feroces! Os abandonamos, porque no sois seres humanos, pues carecéis de corazón!» Y se alejaron. Carecéis de corazón — nos decían — y quienes en realidad no lo tenían, eran éllos... éllos los tiranos! Si, los que nos arrancaron por la fuerza de nuestros hogares; los que nos han obligado a abandonar nuestras familias, ¡tenían corazón! Nosotros, los que producíamos lujos y comodidades para ellos... solamente para ellos... nada para nosotros que nos resignábamos con el mendrugo, ¡carecíamos de él, desconocíamos sus nobles sentimientos!

Pobre Humanidad!

... ...

Pues bien: Nos abandonaron en aquel destierro con la firme convicción de que nos entregaríamos a la desesperación y nos moriríamos por hambre; y sinó de hambre, — al encontrarnos allí solos sin temor a la justicia, — nos asesinaríamos mútuamente.

Pero felizmente. estaban en un craso error. Nosotros, lejos de maltratarnos

e inspirados en la noble armonía, resolvimos vivir unidos, siendo «uno para todos y todos para uno».

No desesperamos un segundo. ¿Sabes quien fué el que con voz modulada se dirigió a los demás y en un largo discurso indicó nuestra misión en el desierto? Fuiste tú, compañero! Y nosotros ¡con qué atención escuchábamos tus frases alentadoras!

La palabra «compañero» — con esa dulzura con que tú la pronunciabas — nos daba titánicas fuerzas... Parece que fuera así como un gigantesco resorte.., como una inagotable fuente de energías...

Tu nos decías, (y aún paréceme oir tu voz! «Compañeros! Tenemos tierra y libertad; poseemos útiles de trabajo; es necesario entonces, que trabajemos todos unidos»... ¡Sí! — gritábamos nosotros al universo: ¡Queremos trabajo y libertad... Hasta hoy hemos desconocido esas dos bellezas de la Naturaleza, y desde hoy nos identificaremos con ellas...

«Seremos libres y felices — proseguías tú—y comprendiéndolo así, ¡trabajemos!, que es en provecho de todos. Es necesario procurarnos viviendas y debemos dar principio a nuestra obra; después... tendremos descanso y tranquilidad!»

Y, en medio de una infinita alegría, entonamos un himno a la libertad. Después, hombres, mujeres y niños, trabajamos mucho, sin experimentar el menor cansancio.

¡Eramos libres!...

... ...

Dos años habían transcurrido — en la más completa armonía — desde el día que nos habían abandonado; ya teníamos hogares cómodos como nunca los habíamos tenido, y habíamos recogido varias cosechas. En fin, con un insignificante trabajo vivíamos en la abundancia. Un domingo, celebramos asamblea para dar un nombre a nuestra colonia, la que resolvió adjudicarle el simpático y sugestivo de «Armonía y Libertad». Dos años y ni tan siquiera un incidente enojoso se registró en nuestro destierro! Todos éramos iguales en derechos y nadie formulaba una protesta. Allí no existían odios y no había razón para conocer a la envidia, puesto que «todo era de todos».

La mayor parte de las horas de descanso las dedicábamos en perfeccionar nuestros estudios y enseñar a los niños. Aquel destierro era para nosotros la tierra de promisión.

Tú y yo, muchas veces, nos acordábamos de los compañeros que habíamos dejado y nos compadecíamos de ellos. ¡Pobres — decíamos — cuanto sufren por desconocer la rebeldía!

Si en aquella ocasión que pedíamos pan — decías tú — nos hubieran acompañado, hoy serían felices con nosotros...

A este punto de mi sueño había llegado, cuando oí una voz dulce que me decía: «Levántate, que ya es hora!»... Era mi padre que, como yo, iba voluntariamente a colocarse sumiso bajo el yugo, para que, en recompensa le tiren con desprecio un mendrugo!

Salté con ligereza del lecho y al cerciorarme que no estaba en «Armonía y Libertad», me dirigí al trabajo llorando... llorando sí, al pensar que tendría que soportar vejámenes sin fin, por haber cometido el sacrílego crimen de nacer pobre!...

Alfredo FERNANDEZ.

Mechita, febrero de 1917.

De lo que veo en la vida

A mis hermanas

Para "Alborada"

I

Pasa el «pueblo soberano»
Como una oleada informe
Impulsada por la enorme
Esclavitud al tirano.

(El tirano omnipotente
Es la tradición grabada
Que como estigma heredada
El pueblo lleva en la frente).

Esclavitud que nos ata
Al pasado, y a los otros
Vuelve en vandálicos potros
Que todo lo pisa y mata.

II

Por la bandera sagrada
Que a un buque izó el mercader
Para mejor protejer
La harina al pobre robada.

Por el viejo pabellón
Que héroe fué en la batalla
Donde no fué la canalla
Sino carne de cañón.

Van por las calles gritando
No sé qué afiebradas notas,
No sé qué trapos alzando,
Multitudes de patriotas.

Multitudes, como todas
Las enfermas multitudes.
Van cantando regias bodas
Con cadenas y ataudes!

III

A la guerra por la guerra,
Por la patria—que es lo mismo—
Mas grande fuera la tierra
Para tanto patriotismo!

—Si en Marte hay hombres—por poco
Que Flamarión razonara,
Este patriotismo loco
Guerra a Marte declarara.

Y si en la Luna también
Campo y monte se vendieran
Los burgueses allá fueran
A llamar a somatén.

IV

Oh, patriotismo de feria,
Y feria de humanidades.
Van pasando las edades
Y no pasa la miseria...

La miseria en cuyo nombre
Se tiñe en sangre las palmas...
La miseria de las almas,
La gran miseria del hombre...

V

Hermanas, decidme cómo
Vosotras soñáis la vida...
En mi espíritu se anida
Con la pesadez del plomo...

Al ver la turba de ilotas
Arrastrando sus cadenas
Y como sufriendo penas
Para no mirarlas rotas!

VI

Estas miserias no abaten
Pero a los fuertes sublevan,
Hoy yo prefiero que lluevan
Plomos que hieran y maten!

Verdad, verdad mis hermanas,
Que deben morir al riego
De algún sacrosanto fuego
Tantas miserias humanas?

Pero... las recuas irán
A matarse mútuamente,
Y alistando nueva gente
Los tiranos quedarán...

VII

Hermanas, decidme como
Vosotras soñáis la vida,
En mi espíritu se anida
Con la pesadez del plomo...

Y... por eso, sea bendita
La mano de Ravachol...
—Para el pueblo el alcohol
—A los otros... Dinamita!

Leopoldo Ramos GIMENEZ.

Buenos Aires, abril de 1917.

Mi esperanza

Para «Alborada».

Abierta al porvenir como una cuna
preñada de sonrisas, mi esperanza
fué vertiendo en la vida su fortuna
de bien, de amor, de gloria, de bonanza..

No dejó nada, por gastar: su númen
puso en toda ficción vigor y esencia;
hizo con cada luz, virtual resúmen
de irisaciones, y ascendió en videncia.

Su fin era una asíntota. Por eso
jamás se replegó como una duda:
eran sus objetivos en progreso
su fiebre azul y su verdad desnuda.

Vidente, bonancible y afiebrada
en la consecución de sus mirajes,
no era la paz su blanca bien amada,
era la acción con todos sus corajes.

Llegar: partir. Con la visión al frente
soñando la visión que ha de seguirse;
y llegar y partir perpétuamente
por el sano deseo de cumplirse...

Pasar, pasar y traspasar eterno
que pára un punto a retomar vigores:
reposo que trabaja: fuego interno
que más luego se funde en mil colores.

Pasar, pasar y traspasar constante
abriendo en una flor por cada herida,
por cada muerte, una ilusión joyante
y por cada ilusión toda una vida.

Así era mi esperanza. Sus angustias
jamás la hicieron claudicar de nada:
sus canciones dolientes, por muy mustias,
iban siempre a parar en clarinada.

Y así, sin doblegarse un solo día,
en cada aurora se ponía a prueba:
con el sol, altivaba una alegría
y en la noche gestaba un alba nueva.

Hasta que al fin debió morir,--no en vano
se cubre el cielo de una vida, entero,—
fué al retoñar como un injerto sano
de otra alma en el riquísimo venero.

—De otra alma azul y vigorosa y buena,
abierta al porvenir como una cuna,
fresca como una flor bajo una plena
noche primaveral blanca de luna.

Serena, santamente, sin un ruído,
sin una mueca humana en su agonía,
con la postrera luz del día extinguido
murió de dicha la esperanza mía.

Fernando del INTENTO.

La Plata, 21 de abril de 1917.

NUESTRA ACLARACIÓN

Creemos oportuno la inserción de la nota que va enseguida, donde se explica los motivos que determinaron la publicación de esta revista y su orientación idológica.

Buenos Aires, 14 de marzo de 1917

Los abajo firmados se comprometen velar moral y materialmente por la revista ALBORADA, la cual ha sido creada para la divulgación de ciencias, literatura y arte.

Al mismo tiempo controlarán la marcha administrativa de la revista, que no será una empresa expeculativa porque sus fines son: una vez consolidad su vida, contribuir a la divulgación de la instrucción popular de acuerdo con las ideas que sostienen los que firman.

Se comprometen además a no permitir que esta publicación se transforme en una empresa individual, ni que se fuere con ella.

Directora:
Mercedes Gauna.

Administrador:
B. Pereira.

Victor Delfino. — A. N. Raices. — Severo Bruno. — M. Campo. — Antonio Solis. — Juan Fentanes. —José Franco. — Ernesto Maddalena Marzulli. — Abraham Baivich. — Renato Ghia. — A. Arango. — José Campo. — F. P. Siciliano. — Juliana Borobio.—

DE ADMINISTRACIÓN

A todos los que reciban la revista y estén conformes con ella, se les pide que a la brevedad posible remitan el importe de suscripción, pues no contamos para sacarla nada más que con la voluntad de los lectores.

Toda obra que se remita por duplicado a la dirección de ALBORADA, será objeto de análisis bibliográfico.

Se pide a los paqueteros sean puntuales en sus pagos por cuanto para sacar esta revista no contamos nada más que con el importe que nos adeudan, lo mismo decimos a los egentes y suscriptores.

El Administrador..

A nuestros lectores:—

Habíamos prometido a los numerosos lectores de nuestra revista, algunas páginas artísticas conmemorando la gran fecha del 1.o de mayo, que iba a encontrar digna apología en el lápiz de nuestros dibujantes.

Circunstancias imprevistas han impedido que llegaran a tiempo a nuestra redacción dicha colaboración artística, que con pesar no hemos podido publicar.